

CIUDAD BLANCA

A mi querido primo Rufino Delgado

Aunque vivo de ti lejos
no te olvido, Ciudad Blanca,
y recuerdo con cariño
tu silueta legendaria;
la altivez de tu castillo
y el cerco de tus murallas
y tu gentil catedral
y el sonar de sus campanas.

Aunque vivo de ti ausente
contempla siempre mi alma
el gris de tus olivares
y tu vega perfumada,
y el espejo de tu río
cuyas rumorosas aguas
al viejo puente romano
su ausencia dolientes cantan.

Todo lo recuerda, todo
mi existencia apasionada;
desde tu bello paisaje
luminoso como un ascua,

hasta el ambiente tranquilo
de tus calles y tus plazas,
y el encanto de tus fiestas
de emociones saturadas.

Y con sentimiento, evoco
a mi juventud lejana,
plena de buenos amigos,
llena de ilusiones gratas,
y la imagen primorosa
de la Virgen de la Gracia,
con su alegre Romería
de fervores saturada.

Todo lo recuerda amante
mi existencia apasionada,
abrumada de inquietudes
y cargada de nostalgias.

Mas aunque te vivo ausente
por estar tan alejada,
no te olvida mi cariño
predilecta Ciudad Blanca.

Segundo DELGADO

Toro, Marzo 1978.

CULPABLE

(CUENTO)

por Jesús DELGADO VALHONDO



HABIA nacido Enrique en un sanatorio quirúrgico, de una madre de clase media que soñaba con pertenecer a la aristocracia. Sobre todo a una aristocracia provinciana y con casa solariega. La madre de Enrique se agarraba a las asas de su cuarto apellido que era un López, de no se qué, sonoro y montesino.

Un día, de esos que salen bajos y soplonos, oyó decir a un profesor de Instituto que los López con adjetivos era para distinguirlos del López primordial. Del López a secas. Los otros eran como las ramas del árbol. Y no sé cuántas cosas más que le amargaron como si hubiese tomado quinina y con un desasosiego que le tenía una mano a medio entumir.

Hasta los ocho años de haber nacido Enrique su madre no tuvo más hijos. Eso, sí; después vinieron en cuatro años, cuatro hijos. No le disgustó a Enrique tener hermanos. Ser hijo único le cargaba el ánimo de un sentimiento nefasto.

A los nueve años Enrique había podido subir al campanario y tocar a arrebato, porque sí. Ir campo abierto a pedreas y recibir una pedrada y curársela con una telilla de caña sobre la herida. Poner alfileres en timbres. Romper bombillas con un tirachinas. No terminaríamos nunca de contar. Algunas veces tenían razón. Otras, no. Era, como él decía: las circunstancias.

Un día compró con su amigo José dos cangrejos y un puro. Se comieron los cangrejos y se fumaron el puro. Se marearon y en una calle céntrica vomitaron. Pasaban en aquellos momentos unas amigas de la madre de Enrique. Decían: ¡Tan pequeños y borrachos! ¡Qué vergüenza! ¡A dónde vamos a parar! A éste —señalaba a Enrique— lo conozco y se lo diré a su madre. ¡Lo que nos hacía falta!

Se lo dijeron a la madre de Enrique. Pero él no le daba importancia. Se encogía de hombros.

—Defiéndete, hombre. Dí la verdad.

—¡Sí, ahora, no has sido tú!

Volvió la cara. Ni caso.

Cuando murió la abuela a En-